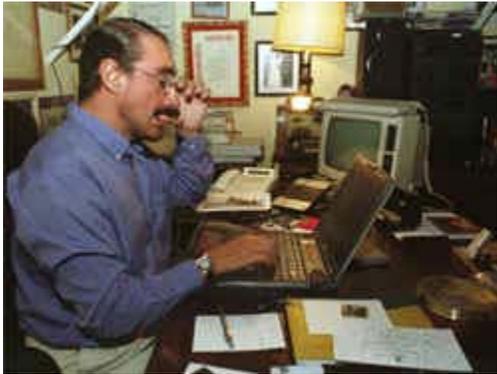


ENTREVISTAS

Carlos Herrera: «No soy ensayista, poeta ni teólogo, pero sí un agitador, y en ello voy a poner todo mi esfuerzo»

por Fernando Carrasco



«El Pregón no es un examen, pero sí algo en lo que sabes no puedes fallar».

Foto: Nieves Sanz

¿En qué momento, si es que lo ha habido, ha pensado en echarse atrás?

—En ninguno, absolutamente. Es tal el placer, la culminación de los deseos, el amor que siento por nuestra Semana Mayor y el respeto que ésta me produce, que una vez que dije que sí, cosa que hice a los tres segundos desde que me lo propusieran, me puse a ello de forma entusiasta. Otra cosa es que lo haya sabido hacer mejor o peor. Pero es indudable que estoy paladeando de tal manera la Cuaresma que no renuncio ni a un solo momento de esta prisa de instantes.

—Una Cuaresma total y absolutamente distinta a las que ha vivido hasta ahora.

—Con matices. Como casi todos, soy un hombre de vísperas. Y las vísperas las vivo todos los años intensamente. Dedico todas las tardes de Cuaresma, desde que tengo memoria civil, un par de horas, a dar un paseo por las hermandades, al montaje de los pasos, a charlar con los sacerdotes, a pasearme los barrios de Sevilla... y eso es exactamente lo que estoy haciendo este año, lo que pasa es que este año estoy siendo recibido como pregonero. Y, claro, la ciudad te dispensa un trato muy generoso. Pero te aseguro que sigo con los mismos hábitos que en cuaresmas anteriores.

«NO HUBIESE VENIDO»

—Si no hubiese sido pregonero, y por sus circunstancias de trabajo, ¿estaría ahora mismo fuera de Sevilla?

—Evidentemente. En Estados Unidos. Este año, objetivamente, era un año en el que no podía imaginar que fuese pregonero. Mis contratos americanos me impedían incluso estar en Cuaresma en Sevilla, a pesar de que alguna escapada hubiese hecho. Pero este hecho es el que ha posibilitado el que cambie planes. Luego, lo tendré que recompensar a los patronos en julio y agosto.

—Y no es sólo la Cuaresma. Luego está la Semana Santa y la Feria de Abril...

—Claro, claro. Hombre, cuando esto se lo expliqué a mis jefes americanos, comprendo que es algo complicado de asimilar. Un pregón, para ellos, es salir a un balcón y tirar un cohete. Les dije que tenía que estar dos meses en mi ciudad. Creo que no lo han entendido. Pero o me dejaban o me iba. O me ponían la policía de fronteras. No me la han puesto, afortunadamente.

—¿Es consciente de que ahora mismo no es Carlos Herrera periodista, sino el pregonero de la Semana Santa de Sevilla?

—Y además, todos los saludos que recibía antes por la calle de amigos y conocidos y que me decían «adiós, Carlos», ha sido sustituido por un «adiós, pregonero». Debes ser consciente de que has pasado a ocupar un empleo civil en la ciudad. En este momento, eres un empleado civil de la ciudad que asumes un cargo y que lo llevas por la calle. A mí me recompensa enormemente. Yo espero que el mismo afecto y cariño que están demostrando estos días previos, lo demuestren el «lunes del pregonero» cuando salga a la calle igualmente.

—Ese «adiós pregonero», a qué dudarlo, se le queda a uno ya para siempre. Lo mismo ocurrirá la próxima Cuaresma...

—En esa especie de protocolo civil no escrito de la ciudad, ocurre como como con el presidente del Gobierno, que ya lo es para siempre. Y aquí, efectivamente, ese protocolo insta a que el pregonero lo es para siempre. Lo cual me llena de satisfacción. Desde luego, de todos los honores que he recibido en mi vida es el que tiene más envidia. Para mí es lo más importante. Que anteceda a mi nombre el título de pregonero por el resto de mis días...

—Y hablamos sólo de pregonero. Es decir, que se sabe de por sí que es el de Semana Santa.

—En una ciudad tan dada a los pregones, a pregonarlo todo, sin embargo, cuando decimos "pregonero", todos sabemos a lo que nos estamos refiriendo.

—Ultimamente los pregoneros son periodistas. ¿Eso es bueno a malo?

—Verás. En el caso de los últimos pregoneros, periodistas en estado químicamente puro o exclusivamente periodistas hemos sido menos. Carlos Colón, además de periodista es un ensayista. Y Joaquín Caro Romero, además de periodista es un altísimo poeta. En estos dos casos, la envidia intelectual de los dos está muy por encima de la media periodística. En mi caso no. Soy periodista nada más, aunque me dedique, con más voluntad que acierto a otros terrenos tangenciales al periodismo. Pero fundamentalmente soy periodista. Envidio la capacidad poética de Joaquín, que ha hecho uno de los grandes pregones poéticos de los últimos treinta años. A esa altura, ya lo digo, no voy a estar. Sí voy a intentar estar en algo que creo que domino bien, que es la agitación. No soy ensayista ni poeta ni teólogo. Pero sí soy agitador. Y como creo que un pregón es agitación, a eso me voy a dedicar con todo mi esfuerzo.

POESÍA EN EL PREGÓN

—Ha señalado en muchas ocasiones que no es poeta. Pero en el Pregón algo habrá...

—Si desgranamos la poesía en su característica de verso y prosa, es indudable que sí, porque la he utilizado para todo, incluso para dar el tiempo. Normalmente, la poesía de los demás es mucho mejor. En el caso concreto del Pregón, no puedo utilizar el verso de la misma manera que lo utilizó un poeta como Joaquín Caro Romero, porque sería suicidarme. Lo que pasa es que no renuncio al verso. Porque la poesía está incluida de muchas maneras en un pregón. Eduardo del Rey hizo poesía sin necesidad de hacer verso. El verso es muy difícil y Sevilla tiene un sentido de verso y de la medida desarrollado natural e intuitivo, que sabe cuando te estás pasando en una sílaba o te estás marchando en una décima. Y eso hay que saber hacerlo.

—También ha dicho en varias ocasiones que se trata de un Pregón hecho desde el amor a Sevilla. ¿Por dónde camina el texto?

—El texto es un relato humano de una circunstancia indudablemente religiosa y trascendental como la Semana Santa. El relato humano es el de aquellos que viven la Semana Santa de Sevilla. Desde ese cóctel de sensaciones o de explicaciones que es la Semana Mayor en la que existen religiones, tradiciones, culturas... todas esas cosas. Fundamentalmente, está basado en el amor por la ciudad. Inicio una historia de amor enfebrecida con Sevilla desde hace veintiséis años, cuando llego, y hoy me matrimonio con ella. Es una mañana de bodas con la ciudad. Y exige decirle a la ciudad todo lo que se la ama.

—¿Cree que el Pregón es un tópico?

—En cualquier caso, benditos sean los tópicos. Los tópicos de Sevilla, tan hermosos, excesivamente manoseados, como todo, conducen a la angustia. Sin embargo, colocados en su medida en el tiempo y en el espacio, pasan a la costumbre. Y yo soy un hombre de costumbres. El Pregón no sé si es un tópico, pero desde luego es una costumbre social de la ciudad, con el que disfruta. Por lo tanto, es una costumbre absolutamente legítima.

—Volviendo a su texto. ¿Qué tanto por ciento tiene de fondo y que otro tanto de forma?

—Creo que lo más profundo de un hombre es su superficie. La forma es una forma de fondo. El fondo de las formas, muchas veces, está en la entonación de las cosas, en el matiz, en la sencillez de la perfección. Es verdad que hay dos mensajes de los llamados claves en este Pregón que me interesan que todos tomemos nota de ellos porque son una reflexión de nuestros tiempos. Pero esa reflexión hay que llevarla de forma digerible a los demás.

PIEZA LITERARIA

—Caro Romero dijo el pasado año que el Pregón tenía que ser, además, una pieza literaria.

—Un Pregón, efectivamente, es un texto que tiene que ser oído pero después no puede caérsete de las manos. Si escribimos sólo para hablar, lo hacemos de una manera. Pero un pregonero tiene que ser consciente de que además luego va a ser leído. Y no puede desvanecerse, no puede ser sólo entonación. Tiene que mantener un rigor literario

elemental con las posibilidades de cada uno, claro está. Las mías son ciertamente limitadas pero el esfuerzo no es manco.

—Ha terminado pronto el Pregón. Pero, ¿ha cambiado algo del texto?

—Sí. He añadido. Y eso supone sustituir, porque un Pregón tiene que tener un tiempo, un límite. Sobrepasarlo siempre es peligroso. Hay que tener en cuenta que ha sido un Pregón escrito en cinco países. Y enhebrado, perfumado, urdido y completado en Sevilla. Y, claro, tres días en Sevilla te dan mucho más de sí para dar un Pregón que sesenta días en Estados Unidos, Colombia, Venezuela, México, Guatemala, El Salvador, que es donde he estado este tiempo. Y esos tres días me han hecho completar y adecuarlo. Pero acabar el Pregón pronto es una pequeña tortura, porque sabes que tienes en un cajón algo que te está quemando en las manos y que sientes la necesidad de decírselo a Sevilla. Y sientes la tentación de retocarlo todos los días. Tengo que atarme las manos todos los días para no abrir ese cajón.

—El Pregón está terminado. Pero surgen cuestiones de última hora, como el caso de las declaraciones del arzobispo con respecto a las mujeres nazarenas. ¿Qué hace el pregonero?

—Son cuestiones excesivamente temporales. Igual que los incidentes de la pasada Madrugá. Creo que sería injusto, en un Pregón, hablar de unos incidentes que han ocurrido en quinientas Madrugás que lleva Sevilla vividas. El Pregón tiene que estar por encima de todas esas cuestiones. No deben ser evitadas en posteriores debates, pero no concretamente en el Pregón, que no es otra cosa que una llamada, una exaltación, de lo que la ciudad va a vivir una semana después. Está de más hacer esos análisis. Me interesa más el papel de las hermandades en el siglo XXI que el que salgan 20 ó 30 mujeres en la Madrugá. Eso es algo que el propio tiempo, más allá de las normas acabará instalando con normalidad. Algo que viene desde hace ocho siglos, es mejor que la propia tendencia de la sociedad las acabe asimilando que no instaurarlas a golpe de decreto. Pero cada uno tiene su opinión.

—Pero en este caso quien lo comenta es el pregonero...

—Está claro. Yo no tengo ninguna duda de que en todas las hermandades sevillanas acabarán saliendo mujeres. Cosa lógica, por otra parte. No tengo duda de que una mujer será pregonera, y no tardará mucho. Y una mujer será hermana mayor. Ya tengo más dudas si una mujer será capataz. Lo que ocurre es que eso tiene que venir a su modo y a su tiempo. Con un poco más de serenidad de lo que se está viviendo ahora.

EL LUNES DESPUÉS

—¿Qué pasará el lunes día 2 de abril?

—Vicente Acosta me dijo una noche: «estáte tranquilo porque se ha demostrado, estadísticamente, que el cien por cien de los pregoneros sale vivo del teatro». La ciudad, a pesar de las aristas que puedan tener los comentarios, es extraordinariamente benevolente. Lo único que lamento es que esto dure sólo un mes. Quisiera pregonar todos los días a mi ciudad. Yo sé que el día 2 sentiré eso que algunos poetas llaman el maldito frío de la ausencia. El no tener en tus manos aquello que tanto te ha hecho gozar. El día 2 se acabó, página que pasas página que ya no vuelves a leerle a Sevilla. El día 2 despiertas y vuelves a la realidad. Espero fervorosamente el día 1 pero temo con un determinado perfume de lamento el día 2.

LAS TRES «SEVILLAS» DEL PREGONERO

—Sevilla suele ir a escuchar al pregonero para saber si sabe de lo que está hablando...

—Un Pregón tiene un peligro tremendo. Tú vas a contarle a la gente lo que sabe mejor que tú. La osadía consiste en pretender exaltar y hablar de algo que los que están en el teatro y los que te ven por televisión lo saben mejor que tú. No es un examen, pero si es algo en lo que no puedes fallar. Ellos te confían el honor de exaltarle lo que ya saben. Lo único que te piden es que no metas la pata. Que no demuestres que estás por debajo de ello.

—¿Cuántas veces ha leído el pregón?

—Muchas. Casi me lo sé de memoria. Vicente García Caviedes me dijo una vez que dominase el Pregón. Si lo dominas, estás mucho más seguro. Si no dominarlo, conocerlo bien, a fondo. Que no haya ninguna página que se te escape. Lo releo constantemente para saber la inflexión y darle su significado.

—¿A quién ha leído el Pregón?

—Al Consejo de Cofradías y a tres personas que vienen a representar tres formas diferentes de Sevilla: a una persona que representa la Sevilla más clásica, que no antigua; a mi mujer, que es la Sevilla incorporada, la nueva, la Sevilla de hace diez años; y se lo he leído a un íntimo amigo que representa la heterodoxia sevillana, tan brillante. Las tres me han dado el aprobado. Han sido muy generosas. Eso sí, no sin hacerme algunas puntualizaciones. Porque, no nos podemos engañar, en todos los que van a escucharlo, hay un Pregón. La cuestión está en coincidir con el máximo de personas. Lo fundamental es ser honesto con uno mismo. Cuando eres fiel a tí, acabas siendo fiel a mucha de la gente que confía en tí.